

Verde Limón

Las cuatro cajas redoblaban acompasadamente, como se compenetran las cuatro estaciones del año. Dos de ellas, manipuladas por dos jóvenes casi gemelos, los hermanos Solís. Al grupo de música, a diferencia del resto de los romanos, les podíamos ver las caras. Los demás, las llevaban cubiertas por una careta de malla con un rostro impreso en el que destacaba un bigotito de puntas ascendentes.

Cuando el Resucitado superaba el Romeral, precedido por un interminable desfile de figuras y capiruchos, el Imperio Romano se desplegaba a lo largo y ancho de Susana Benítez y, al son de las marchas lentas, comenzaba aquella legión multicolor un movimiento lateral de ida y vuelta, que empujaba sus plumeros blancos, bañados por el sol del Domingo de Resurrección, en el sentido contrario.

El cuartel general del Imperio Romano en su desfile de la Resurrección, era el Verde Limón. Así se conocía a un establecimiento cercano al Asilo de los Desamparados, en pleno centro de la Matallana, propiedad de los hermanos Montero. El Verde Limón, cuyo hermoso nombre supongo yo que vendría del color de las paredes de su amplio salón, tenía un patio al fondo, donde se depositaban cascos, escudos y lanzas, mientras se esperaba el momento de salir. Por aquellos años, eran multitud los chiquillos que se acercaban a la corporación en sus paradas, y se vinculaban a alguno de sus componentes a modo de escuderos, de diminutos Sanchos que vigilaban las armaduras y arreos de aquellos caballeros de infantería romana, los componentes de las seis escuadras del Imperio.

Cuando la nostalgia, y una profunda sensación de vacío, nos invadía en los días posteriores a la Semana Santa, ciertas marcas nos recordaban la materialidad o la realidad de lo que en ese momento nos parecía una ilusión o un sueño. Una de ellas, física: la cera en mangas y zapatos. Otra, sin embargo, residente en el alma: durante días, durante semanas, se repetían en nuestro corazón los redobles de aquellas cajas de tambor, y las notas de los pasodobles y de las marchas lentas, de los Misereres y del Stabat Mater, las oíamos en nuestro interior como si el Imperio Romano desfilase en la habitación contigua.

Aquel pueblo, como creo que también este de hoy, fue un pueblo de poetas y músicos. Esa música y esa poesía, se han manifestado de modo esencial, en torno a la Semana Santa. En esa poesía y en esa música, que nos conmueven hasta los huesos por nuestras y por sentimentales, ha jugado, sigue jugando un papel central, la música del Imperio Romano.

En aquel pueblo de mi niñez, en los cincuenta o en los sesenta, la vida era tal vez más ingenuamente vivida, pero sin duda, mucho más difícil de llevar. Yo creo que haber conseguido mantener, contra viento y marea, vivo y pujante, un grupo de música y un grupo de músicos como el de los romanos a lo largo de los años, ha sido empresa de gran magnitud. Pero que ha hecho posible un patrimonio musical de primer orden, que no por nuestro deja de ser universal.

Aquel día, tras escuchar "El Entierro" y "la Maga", "la Matraca" y "Recuerda", la legión modificó su marcha cuando los redobles marcaron compás de pasodoble. Los plumeros se bambolearon con un ritmo más rápido, y el cabo de la escuadra cardenal, puso rumbo al Verde Limón al son de un pasodoble precioso llamado "La Sal".

Cuando en la amanecida del Viernes Santo el dúo de trompetas vence al imponente silencio con las notas de la Diana, o cuando, al compás del "Gloria al muerto" los plumeros negros ondean a la altura del Convento, o tal vez cuando en el atardecer del Jueves el pueblo de Puente Genil aplaude en la calle de la Plaza a su Imperio que sale del cuartel, los corazones se contraen y los párpados se humedecen.

Cuando, las seis escuadras, rodeando a su abanderado, abandonaban el Verde Limón de retorno al viejo cuartel de la calle Casares, parecía como si empezase la caída de las hojas de los árboles. Algo terminaba, y otro algo comenzaba a perfilarse.

*Juan González Solano
Madrid, Marzo de 2002*